

en sueños dos hombres vestidos de blanco, que le dijeron ser San Juan Evangelista y el Apóstol San Felipe, y le prometieron la victoria para el día siguiente. Quizá no hubiera producido grande efecto esta vision, si un soldado que tuvo otra de la misma naturaleza no la hubiera contado al punto á los oficiales de su tropa, de quienes pasó á oídos del emperador, y en un momento se divulgó por todo el ejército. Este conjunto de circunstancias reanimó el valor de todos, y al rayar el día dió de nuevo Teodosio la señal de combate; pero su fé tenia que sufrir nueva prueba.

Asi que amaneció, observó que los enemigos habian apostado un cuerpo considerable de tropas á lo largo de los montes, para cargar á la retaguardia en la fuerza de la batalla. Repetia su oracion con una fé cada vez mas viva, cuando el conde Arbitrator, que mandaba este destacamento numeroso y se habia apoderado de aquel punto por orden de Eugenio, se pasó al partido de Teodosio, á quien de esta manera fortificó considerablemente. A pesar de esto todavia continuaba siendo el mas fuerte el usurpador, y los dos ejércitos avanzaban el uno contra el otro, sin que se observase en parte alguna la disminucion de esperanza ni de valor. Entonces se apeó Teodosio de su caballo, y marchando solo á la cabeza de sus tropas, principió á exclamar: *¿dónde está el Dios de Teodosio?* Esta voz religiosa de guerra inflamó á todos los soldados, que repetian de linea en linea: *¿dónde está el Dios de Teodosio?* Eugenio, lejos de temer cosa alguna de esta impetuosidad y de un método tan nuevo, creyó por el contrario que Teodosio no pensaba mas que en morir, y mandó con insolencia que le trajeran encadenado. Cuando ambos ejércitos se pusieron á tiro, se levantó un viento impetuoso que daba en los ojos á los rebeldes, y cegándolos con torbellinos de polvo, rom-

pió sus líneas y hacia se les cayesen las armas de las manos; por el contrario, era ventajosisimo para los guerreros fieles, á quienes daba de espaldas y empujaba contra sus enemigos, doblando la fuerza de sus flechas y de sus dardos. Pareció tan maravilloso este incidente, que los mas juiciosos escritores le refieren como un milagro, fundados en una infinidad de testigos de vista; y el poeta Claudiano, no obstante de ser gentil, confiesa que el cielo combatió por Teodosio. Desalentados los enemigos huyeron ó depusieron las armas, pidiendo gracia al vencedor, la que les concedió desde luego; pero ordenándoles por su parte que le entregasen su rival.

Eugenio, viendo que sus soldados corrían hácia él, preguntó si traian á Teodosio. A su indigno competidor, contestaron, es á quien nosotros queremos tratar como merecé; y al propio tiempo se apoderaron de su persona, y arrebatándole las insignias imperiales, le llevaron con las manos atadas á la espalda. Reprendióle Teodosio sobre todo la muerte de Valentiniano y el restablecimiento de la idolatria. El vencido, postrado en tierra, imploraba cobardemente que se le conservase la vida, cuando un soldado irritado le cortó la cabeza. Arbogaste, que aun tenia menos esperanzas de perdon, se salvó en los montes, donde pasados dos dias, y viéndose á punto de ser preso, se pasó el cuerpo con su espada. San Juan de Egipto, que habia profetizado esta victoria, tuvo revelacion del cumplimiento de la profecía, verificado el día 6 de setiembre de 394; pues encontrándose en medio de una multitud de solitarios, les dijo que en aquel instante en que él les estaba hablando habian llegado á Alejandria las noticias de la derrota del tirano; todo lo cual se verificó puntualmente.

Apresuróse San Ambrosio á escribir al emperador con el objeto de obtener el per-

don de los hijos de Eugenio y de sus principales partidarios que se habian refugiado en las iglesias; y poco despues, no contento el tierno mediador con la elocuencia muda de una carta, pasó él mismo á hablar al emperador á la ciudad de Aquileya. Poseído Teodosio de gratitud religiosa á vista de unos acontecimientos que atribuia con tanta razon al brazo del Todopoderoso y á sus virtuosos intercesores, dió el espectáculo de la edificacion mas tierna: al presentarse Ambrosio, nadie podria conocer quién era el que suplicaba, si el emperador ó el obispo; porque, postrado Teodosio á sus pies, confesaba haber triunfado por su virtud y sus oraciones. No satisfecho con perdonar á los hijos de los conjurados, les dió empleos de importancia, y valiéndose de las circunstancias para educarlos en la Religion cristiana, les procuró una ventaja aun mas preciosa que la que hubieran adquirido con todos los sucesos prósperos de sus padres. En una palabra, no hubo mas culpables sacrificados que los que habian muerto en el campo de batalla, ni se vió ejecucion alguna despues de la victoria. El espíritu de fé y de piedad llevó aun mas lejos al emperador: no ignoraba cuánta sangre se habia vertido en esta guerra aciaga, aunque justa y legitima, y á pesar de las precauciones de su sábia clemencia, tampoco ignoraba cuán difícil es evitar que en el tumulto de las armas acontezca alguna cosa, si no criminal, á lo menos contraria al espíritu de caridad y dulzura del Salvador de los hombres; y por esto se abstuvo, durante algun tiempo, de la adorable Eucaristia, que es un misterio de paz y un sacrificio incruento; teniéndose por indigno de aproximarse á él hasta lavar sus ensangrentadas manos en las aguas de la penitencia. San Ambrosio añade que, antes de recibir y participar de los santos misterios, quiso tambien este Josué de la ley de gracia, bajo la cual representó toda

la fé de los patriarcas, tener una nueva señal del favor divino con la llegada de su hijo Honorio, á quien habia mandado venir de Constantinopla (1).

Como le restaba poco tiempo de vida, conforme á la misma profecía que con tanta seguridad le habia vaticinado la victoria, cuidó atentamente de establecer el orden en los negocios del imperio y repartir este entre sus dos hijos. Quedó Arcadio en el Oriente con Rufino que debia ayudarle en el gobierno; y dió á Honorio el Occidente, es decir, la Italia, la España, las Galias, las islas Británicas, el Africa y la Iliria occidental, ó lo que habian poseído Graciano y Valentiniano. Durante la menor edad del nuevo emperador eligió para regente de esta parte del imperio á Stilicon, á quien honraba con su confianza y amistad, hasta el punto de darle por esposa su sobrina Serena.

Mientras que Teodosio vivia aun en Italia, Rufino, que gobernaba en Oriente, edificó una grande iglesia próxima á Calcedonia, en una aldea llamada la Encina, en la que pronto veremos condenado á San Juan Crisóstomo por las intrigas de Teófilo. Rufino quiso ser bautizado, y efectivamente lo fué, en la ceremonia de la Dedicacion, que fué grandiosa, y de aqui sabemos que los adultos en su bautismo tenian padrinos como los niños, y que de este distinguido neófito lo fué un obispo.

De diferentes provincias concurrió un gran número de prelados para honrar al prefecto asistiendo á la consagracion de su iglesia; y con esta ocasion formaron un Concilio para decidir la cuestion que habia entre dos de ellos que se disputaban la silla de Bostra, metrópoli de la Arabia. Estando Bagado ausente, fué depuesto por dos solos obispos que eligieron á Agapo; con cuyo

(1) Ambr. de obit. Teod. n. 14.

motivo el Concilio formó un decreto, conforme al cual el número de obispos que es suficiente para que la ordenacion sea válida no lo es para la deposicion, sino que para esta debe reunirse el Concilio de los obispos de la provincia, estando presente el acusado. Teófilo de Alejandria fué el primero que propuso este parecer, el cual fué reputado conforme á los cánones apostólicos y aprobado por todos los Padres. Sin embargo de que este Concilio se llama por lo comun de la Encina, Nectario presidia en él á vista de los otros patriarcas, porque las sesiones se tenian en Constantinopla. En sus actas solo se leen los nombres de diez y nueve obispos; pero se dice que hubo otros muchos; y en efecto estos diez y nueve son todos, ó casi todos, metropolitanos. Cuéntanse tambien entre ellos San Anfiloquio de Iconio, y San Gregorio Niseno, que, aunque simple obispo, era el mas estimado de la provincia del Ponto. Nómbrase tambien á Teodoro de Mopsuestia, que por consiguiente pasaba aún por católico; pues se habia tenido consideracion á la ley de Teodosio de 30 de julio de 381, que señalaba espresamente los prelados con quienes debia comunicar el que se queria acreditar de ortodoxo.

Aunque San Anfiloquio es ensalzado no menos por la belleza y fecundidad de su ingenio, que por sus virtudes, nada nos queda de sus escritos. Entre los de San Gregorio Niseno, de quien, como ni de Anfiloquio, no se vuelve á hacer mencion despues de este Concilio, se lee una Epistola canónica, en la que las reglas de la penitencia son aún mas rigurosas que las de su hermano San Basilio, aunque apoyadas igualmente en la tradicion de los antiguos: tan cierto es que la práctica no ha sido siempre perfectamente uniforme sobre este objeto aun en las iglesias cercanas unas de otras. La fé permanece siempre la

misma; pero la disciplina puede variar, y las costumbres influyen en estas modificaciones.

San Cirilo de Jerusalen habia fallecido algunos años antes muy tranquilo en su Silla, bajo el reinado cristiano de Teodosio, despues de haber sido tantas veces molestado y tantas restablecido. Conservamos de él veintitres catéqueses ó instrucciones, diez y ocho para explicar el simbolo á los catecúmenos, y cinco para instruir al recién bautizado en los tres sacramentos que acaba de recibir. Entre mil preciosos rasgos de la tradicion que nos ha transmitido, ninguno es mas robusto, ni mas concluyente contra la heregia de los sacramentarios ó enemigos de la transubstanciacion que lo que leemos en la instruccion cuarta, por estas palabras: «Convirtió el Señor con sola su voluntad el agua en vino en las bodas de Caná, ¿y habrá quien rehusé creer que convirtió el vino en su sangre despues que dijo él mismo *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre?* Recibámosla, pues, con entera certidumbre como el cuerpo y sangre de Jesucristo; porque bajo la figura de pan se nos dá el cuerpo, y bajo la del vino la sangre, para que participando del cuerpo y sangre del Señor, seamos un mismo cuerpo y una misma sangre con él.»

Permaneció Teodosio en Italia el resto del año despues de su victoria, dedicándose á consolidar el bien del Estado y de la Religion. A principio del año siguiente 395 pensaba hallarse ya muy pronto en Constantinopla, cuando le atacó una hidropesia de resultas de las fatigas de la última guerra. Acordóse al instante de la profecía de San Juan de Egipto; y persuadido de que no saldria de esta enfermedad, tomó las últimas medidas para el arreglo de los negocios. Para interesar mas y mas á Stilicon en el bien del imperio, resolvió el enlace de la hija de este ministro con el joven emperador Honorio; se-

ñaló los límites del dominio respectivo de los dos augustos, como si uno y otro estuviesen delante, é hizo aquel testamento tan lleno de sentimientos de edificacion, en que les trae á la memoria lo que siempre les habia inculcado; á saber, que la grandeza sólida y la verdadera nobleza consistian mas en el corazon que en la sangre, en la virtud mas que en la autoridad ó gloria del poder; que seria injusto tuviese sujetos á todos bajo de sus leyes el que no fuese dueño de sí mismo; que para gobernar á los hombres, era necesario saber obedecer á Dios; y que debian esperar la prosperidad de su reinado, no tanto de la prudencia de su consejo, ó de la fuerza de sus armas, cuanto de la Religion, que es el mas sólido apoyo de los imperios. Nos ha trasmitido San Ambrosio esta bella exhortacion que él mismo le oyó hacer (1). Añade que el augusto enfermo se volvió despues hácia él y le dijo: «estas son las verdades que me habeis enseñado, y que la esperiencia me ha hecho guardar preciosamente; y os encargo que instruyais á los hijos como habeis instruido al padre.» El santo arzobispo contestó: «Señor, espero que Dios les dará como á vos un espíritu recto y un corazon dócil; con estas condiciones recibo gustoso el cargo que de mí exigis, y os respondo no solo de la instruccion de estos queridos hijos, sino tambien de su salvacion.»

Despues de su familia cuidó Teodosio de los intereses de sus súbditos; confirmó el perdon á los que habian tomado las armas contra él y cuyas cartas de gracia todavía no estaban espeditas; y despues dió órdenes seguras para disminuir los impuestos, segun lo habia prometido. Ultimamente espiró con los sentimientos mas tiernos de piedad en Milan el dia 17 de enero de 395, despues de haber reinado diez y seis años,

y á los cincuenta de su edad. Mostró San Ambrosio todo lo que pensaba de este excelente príncipe en la oracion fúnebre que le hizo, celebrando un sacrificio solemne por el descanso de su alma á los cuarenta dias despues de su muerte. Nos enseña con esta ocasion la costumbre que ya habia entonces de observar para estas piadosas ceremonias el dia sétimo y el cuarenta, ó el tercero y el treinta. El patético orador realza especialmente los efectos recientes de la clemencia del distinguido difunto, y su penitencia para siempre memorable (1).

Todos los autores, así gentiles como cristianos, colman de elogios á porfia al gran Teodosio. Zósimo es el único que, ciego por su religion, le atribuye pasiones detestables, acusándole de haber sido afeminado, voluptuoso, regalado, amante del dinero y entregado ciegamente á sus eunucos. Por lo que respecta á este último punto, la fortuna estremada del eunuco Eutropio, que tuvo aun mucho mas poder en el reinado siguiente, pudo haber dado algun pretexto á esta acusacion; pero en cuanto á su apego al dinero, Simaco, mejor instruido que Zósimo, pues era contemporáneo, y pagano no menos ardiente que él, aunque tenia muchos motivos personales de descontento contra Teodosio, ensalza muy particularmente su desinterés en una carta familiar escrita á otro pagano, y por consiguiente poco sospechosa (2). La acusacion de afeminacion y amor á los deleites de la mesa ó á las vanas diversiones, se destruye por sí misma á vista de la serie de la vida heroica y laboriosa de este emperador. Tambien el satírico Zósimo se ve reducido á fingir en este grande hombre no sé qué contrariedad de costumbres que él mismo conoce aproximarse á una contradiccion

(1) Ambr. de obit. Teod. n. 3.

B. del C., tomo XVI. —III.—HISTORIA ECLISIÁSTICA.—Tomo I.

(2) Symm. 11, ep. 13.

absoluta, ó á lo menos muy paradójica. Soy, dice (1), el primero que me pasmo de este contraste; porque cuando se trataba de algun negocio de importancia ó de algun peligro del Estado, recobraba al instante su valor y su actividad, abandonaba las delicias, no temia los peligros ni las fatigas y las soportaba con constancia.

El sofista Temistio ensalza por el contrario á Teodosio sobre los mas insignes hombres de toda la antigüedad (2). Comparándole Aurelio Victor á Trajano, ídolo y maravilla de los romanos, añade que tuvo todas sus buenas cualidades, sin haber tenido sus defectos; que, como él, era alto y bien formado, con los mismos lineamientos en el semblante y el mismo aire de magestad, los ojos agradables y vivos; que tenia el genio alegre, el espíritu afable y popular; que estaba lleno de bondad con todos, y acogia en particular á los sábios, con tal que no fuesen satíricos; y por último, que era de un valor invencible, de un ardor infatigable y de una vigilancia libre de toda sorpresa; pero tuvo aversion á los vicios de Trajano, prosigue el mismo autor, en especial al amor del vino y de las acciones vergonzosas (3). Llevó el pudor hasta escluir de los festines, por una ley formal, á las personas inmodestas, y aun á las muy lujosas en sus adornos. Estendióse su templanza hasta á las pasiones sutiles del espíritu, como la vanagloria y la ambicion, no haciendo la guerra á pesar de su talento en ella sino cuando se veia precisado, mostrando vituperar en todas ocasiones á Sila, Mario y á todos aquellos hombres atrevidos y tan generalmente elogiados, con lo cual

(1) Zosim. lib. 4, cap. 773.

(2) Them. Orat. 13 et 29.

(3) Aurel. Vict. Epitom. in fin.

queria imponerse una especie de necesidad de no imitarlos nunca. Aún detestaba mucho mas á los traidores é ingratos, como lo hizo ver en todos sus actos respecto de Valentiniano.

No podemos ocultar que fué muy propenso á la ira; pero si alguna vez se pudo decir con verdad que la viveza del temperamento anuncia tambien su sensibilidad y bondad, se efectuó particularmente en este príncipe, que solo cometió, por decirlo así, faltas felices, y en el cual las ligerezas de un momento daban pie indefectiblemente á los mayores rasgos de clemencia, y á la beneficencia y al arrepentimiento heroico. Lo que podemos añadir á todas las alabanzas de los antiguos escritores, y lo que acaso caracteriza únicamente á Teodosio entre los buenos príncipes, es que casi siempre se iba haciendo mejor á medida que el tiempo y los acontecimientos iban aumentando su poder.

En lo interior de su corte y de su familia, en donde los mayores príncipes son algunas veces hombres muy medianos, manifestábase Teodosio hombre igual á sí mismo, amandó á sus hijos con ternura y con decoro, á sus amigos con tanta cordialidad como dignidad, y á su muger de un modo noble y con una intimidad que nunca degeneró en familiaridad. Tal fué este emperador, al que ninguno de sus antecesores, sin esceptuar á Constantino, escedió, ni acaso igualó, y que se propondrá siempre por modelo á los que quieran reunir en su persona las virtudes políticas, militares y religiosas. Finalmente, él fué el último que poseyó toda la estension de la dominacion romana sobre el Oriente y sobre el Occidente, pues despues de su reinado nunca volvieron á verse los dos Imperios sujetos á las leyes de un solo soberano.

## DISCURSO

### sobre la primera edad de la Iglesia.

AUNQUE cuando el corazón se muestra dócil á las impresiones de la gracia, basta conocer á fondo la Religión cristiana y seguir su historia ó la de la Iglesia, que viene á ser lo mismo, para someter el entendimiento al yugo de la fé; sin embargo, no será fuera de propósito insinuar las reflexiones mas propias para conseguir este fruto. Por tanto, ya que hemos llegado á la mitad de la edad primera, que abraza seis siglos, y que comprende una parte tan considerable y quizá la mas importante de nuestra carrera, nos detendremos en ella como en el punto de vista mas á propósito, así para ver cómo de un golpe lo mas memorable que se contiene en el espacio que hemos recorrido, como para dar una ojeada sobre lo que nos queda que recorrer. La Iglesia, en su significacion general, comprende la congregacion de los fieles de todos los tiempos, ó la sociedad visible de los hombres que profesan la verdadera Religión; pero no es mi ánimo tomar la narracion desde tan alto, puesto que nuestra narracion se circunscribe á los límites de la Iglesia que lleva en particular el nombre de Cristiana. No se trata de hacer observar en los tiempos antiguos sino lo que nos sirva y conduzca mejor á manifestar la sabiduria de la economía divina respecto del establecimiento y propagacion de la fé, que son el objeto de nuestras reflexiones.

Pero al mismo tiempo convendrá recordar de paso el trastorno que el pecado causó en el orden primitivo, dejando al linaje humano envuelto en las tinieblas de la ignorancia, hecho el juguete de sus pasiones, despojado de sus nobles sentimientos, y por necesaria consecuencia en estado de

degradacion, debilidad, pobreza y desventura; pues rotos en parte, y en parte debilitados, los vinculos de la virtud y de la honestidad, se rompieron tambien de mil modos los lazos sociales y se relajaron por todas partes. Los hombres salvajes y casi embrutecidos se temieron principalmente los unos á los otros, sin quedarles mas que la natural semejanza, que fué la que en cierto modo mantuvo algun resto de confianza, y esto en muchas cosas igual y aun menor y mas débil que la de los irracionales, los cuales, no teniendo tantas necesidades y objetos que apetecer como el hombre, tienen tambien menos motivos para huir unos de otros y atentar mutuamente á su destruccion. En tan triste estado, ocupados los hombres en las necesidades y peligros del cuerpo, perdieron casi el uso de las facultades intelectuales, se alteró aun el mejor natural, se oscurecieron las ideas, y aunque la facultad de la razon subsistia, apenas se ejerció sino en provecho de los sentidos.

Verdad es que desde la antigüedad mas remota se vieron pueblos numerosos, en los cuales parecia que se observaban con mayor exactitud los derechos de la humanidad, ó á lo menos las leyes de la sociedad humana; pero aquellos grandes Estados que se levantaron alternativamente con el soberbio título de Imperios universales, ¿qué fueron si se comparan con todo el mundo? ¿Qué fueron en cuanto á los dogmas y costumbres las luces de los magos persas, de los sacerdotes egipcios, y de todas las escuelas de la Grecia? El resultado de las mayores confederaciones no fué otro ordinariamente que reunir mas vicios y estravagan-